

secreto, para que no perdiesen ustedes consideración. Para las gentes de la villa, yo pertenezco á la casa Esgrignon.

Los ojos de la señorita Armada se humedecieron con algunas lágrimas, y Chesnel, al ver aquello, no pudo resistir al deseo de besarle la falda.

—Esto no será nada—repuso el notario.—Es preciso que los jóvenes se diviertan. El trato de los salones de París hará cambiar el curso de las ideas del joven. A decir verdad, los amigos de ustedes son corazones nobles, personas dignísimas, pero no tienen nada de divertidos. Para no aburrirse, el señor conde se ve obligado á descender y acabaría por acanallarse.

Al día siguiente el coche viejo de viaje de la casa Esgrignon salió de la cochera y fué enviado á casa del guarnicionero para ser restaurado; y después de almorzar, el joven conde fué solemnemente advertido por su padre de las intenciones formadas acerca de él: iría á la corte á servir al rey, y por el camino debía determinarse a seguir una carrera cualquiera. La marina ó el ejército, los ministerios ó las embajadas, la casa real; no tenía más que escoger, pues todas las puertas le serían abiertas. El rey tendría en cuenta, sin duda, que los Esgrignon no le habían pedido nada, reservando todos los favores del trono para el heredero de la casa.

Desde que había hecho locuras, el joven Esgrignon adivinaba el mundo parisiense y conocía la realidad de la vida. Como se trataba de que dejase la provincia y la casa paterna, escuchó gravemente la alocución de su respetable padre sin responderle que no se entraba ya en el ejército ni en la marina como antaño, que para llegar á ser teniente de caballería sin pasar por las escuelas especiales era preciso servir de paje, que las familias más ilustres iban á Saint-Cyr y á la Escuela politécnica, lo mismo que los hijos de los plebeyos, después de concursos públicos en que los nobles corrían el riesgo de quedar muy por debajo de los villanos. Instruyendo á su padre, el joven temió no contar con los fondos necesarios para permanecer en París, y, por lo tanto, dejó creer al marqués y á su tía Armada que alternaría con el rey, que daría brillo á la casa Esgrignon y que tendría tratos con los más grandes señores. Afligido de no poder dar á su hijo más que un criado para que le acompañase, el marqués le ofreció su viejo criado José, hombre de

confianza que cuidaría de él y de sus negocios, y de quien el pobre padre se deshacía esperando reemplazarle por medio de algún criado joven.

—Acordaos, hijo mío—le dijo,—de que sois un Carol, que vuestra sangre es una sangre pura de toda mezcla y que vuestro escudo lleva por divisa: *Es nuestro*, y os permite ir por todas partes con la cabeza muy alta y hasta pretender reinas. Dad gracias á vuestro padre como yo se las di al mío. Debemos al honor de nuestros antepasados, santamente conservado, el poder mirar cara á cara todo y el no tener que inclinar la cerviz más que ante una amada, ante el rey ó ante Dios. He aquí el mayor de nuestros privilegios.

El buen Chesnel había asistido al almuerzo y no se había metido en consideraciones heráldicas ni en dirigirse á los poderosos; pero sí había pasado la noche escribiendo á un antiguo amigo suyo, á uno de los notarios más viejos de París. El amor paterno ficticio y real que Chesnel sentía por Victoriano no sería comprendido si se omitiese esta carta, comparable tal vez al discurso de Dédalo á Icaro. ¿No es necesario remontarse hasta la mitología para hallar comparaciones dignas de este hombre antiguo?

«Mi querido y respetable Sorbier: Recuerdo con verdadera delicia haber hecho las primeras armas de nuestra honrosa carrera en casa de tu padre, donde tú me demostraste amor, no obstante ser yo un pobre é insignificante pasante. A estos recuerdos de pasantía, tan gratos para nuestros corazones, me dirijo para reclamar de ti el único favor que te habré pedido en el curso de nuestra larga vida, plagada de catástrofes políticas á las que yo he debido tal vez el honor de llegar á ser colega tuyo. Este favor, amigo mío, te lo pido al borde de la tumba, en nombre de mis canas, que caerían de dolor si tú no atendieses mis ruegos. Sorbier, no se trata de mí ni de los míos, pues he perdido á la pobre señora Chesnel y no me quedan hijos. ¡Ay de mí! se trata de algo más que de mi familia, si yo la tuviese; se trata del hijo único del señor marqués de Esgrignon, de quien tuve el honor de ser intendente al salir del estudio á donde me había enviado su padre á expensas suyas con objeto de procurarme medios de hacer fortuna. Esta casa, que me sirvió de sustento mucho tiempo, ha sufrido todas

las desgracias de la Revolución. Yo pude salvarle algunos bienes; pero ¿qué es esto en comparación de la opulencia pasada? Sorbier, yo no podría expresarte hasta qué punto soy adicto á esta casa, á la que he visto á punto de caer en el abismo de los tiempos: la proscripción, la confiscación, la vejez y carencia absoluta de heredero. ¡Cuántas desgracias! El señor marqués se casó, su mujer murió del parto de un joven conde y no queda hoy más heredero que este noble querido y precioso niño. Los destinos de esta casa se cifran en ese joven, que ha contraído ya algunas deudas divertidas en ese mundo. ¿Qué llegará á ser en provincias con cien miserales luises? Sí, amigo mío, cien luises, he aquí á donde ha venido á parar la gran casa Esgrignon. En esta situación, su padre ha sentido la necesidad de enviarle á París para reclamar en la corte el favor del rey. París es un lugar muy peligroso para la juventud y es necesario darme dosis de razón que nos hizo á nosotros notarios para vivir ahí moderadamente. Por otra parte, me desesperaría saber que este pobre niño pudiese vivir en medio de las privaciones que nosotros conocimos. ¿Te acuerdas del placer con que tú repartías conmigo tu panecillo en los pasillos del Teatro Francés, cuando permanecimos en ellos un día y una noche con objeto de ver la representación del *Matrimonio de Figaro*? ¡Cuán ciegos éramos! Nosotros éramos felices y pobres; pero un noble no sabría ser feliz en indigencia. La indigencia de un noble es una cosa contra natura. ¡Ah! Sorbier, cuando se ha tenido la dicha de haber detenido con la mano en la caída á uno de los hermosos árboles genealógicos del reino, es tan natural tenerle apego, amarle, regarle, querer verle florecer, que no te asombrarán seguramente las precauciones que tomé y el oírme reclamar el concurso de tus luces para llevar buen puerto á nuestro joven. La casa Esgrignon ha desahogado la suma de cien mil francos para los gastos del viaje que va á emprender el joven conde. Ya lo verás. No hay en París joven que pueda comparársele. Interésate por él como por un hijo único. En fin, yo estoy seguro de que la señora Sorbier no titubeará en secundarte en la tutela moral con que yo te invisto. La pensión del señor conde Victoriano ha sido fijada en la suma de dos mil francos mensuales, pero tú empezarás por entregarle diez mil por sus primeros gastos. De esta suerte, la familia cuenta de

recursos para dos meses de permanencia, salvo el caso de un viaje al extranjero, para el cual veríamos de tomar otras medidas. Asóciate, amigo mío, á esta obra, y procura tener el bolsillo cerrado. Sin amonestar al señor conde, hazle consideraciones, retenle lo más que puedas y haz de modo que no se anticipe á gastar el dinero de un mes en el otro, á no ser mediante poderosas razones, pues tampoco convendría desesperarle en circunstancias en que el honor estuviese empeñado. Infórmate de sus pasos, de su vida y de las gentes con quienes vaya. El señor caballero de Malois me ha dicho que una bailarina de la Opera costaba generalmente más barata que una mujer de la corte. Infórmate respecto á este punto y contéstame. Si tienes muchas ocupaciones, tal vez la señora Sorbier podría informarse de lo que haga el joven. Tal vez no le desagrade á ella la idea de convertirse en ángel guardián de un joven tan noble y tan encantador. Dios le tendrá en cuenta el haber aceptado tan santa misión. Su corazón se estremecerá tal vez, cuando sepa los muchos peligros que corre en París el joven Victoriano; ya le verás: es tan guapo como joven, tan ocurrente como confiado. Si se liase con alguna mala mujer, la señora Sorbier podría mejor que tú advertirle de todos los peligros que corriese. Va acompañado de un antiguo criado que podrá decirte muchas cosas. Sonda á Malois, á quien he dicho que te consulte en las situaciones delicadas. Pero ¿para qué decirte más? Hemos sido pasados y malignos; recuerda nuestras escapadas y vuelve á ser joven por algún tiempo para este asunto, viejo amigo mío. Los sesenta mil francos te serán remitidos en un bono contra el Tesoro, por conducto de un señor de nuestra villa que se traslada á París.»

Si el matrimonio Sorbier hubiese seguido las instrucciones de Chesnel, hubiera tenido que pagar tres espías para vigilar al joven conde de Esgrignon. Sin embargo, no dejaba de haber en la elección del depositario un sabio cálculo. Un banquero da fondos mientras los tiene aquel que tiene cuenta en su casa, mientras que á cada necesidad de dinero el joven conde se vería obligado á hacer una visita al notario, el cual no dejaría ciertamente de hacerle consideraciones. Victoriano estuvo á punto de dejar ver su alegría al saber que le señalaban dos mil francos mensuales. No conocía París, y por

esta razón creía poder arrastrar un tren de príncipe con aquella suma.

El joven conde partió dos días después acompañado de las bendiciones de todos los concurrentes al Gabinete de los Antiguos, siendo abrazado por las viudas nobles, colmado de votos y seguido hasta fuera de la villa por su anciano padre, por su tía y por Chesnel, los cuales lloraban abundantemente. Esta súbita marcha dió pasto durante varios días á las conversaciones de la villa y agitó sobre todo los corazones rencorosos del salón de Croisier. Después de haber jurado la pérdida de los Esgrignon, el antiguo proveedor, el presidente y sus adláteres veían que su presa se les escapaba, pues fundaban su venganza en los vicios del aturdido, que dejaría ya de estar á su alcance en lo sucesivo.

Una inclinación natural en el espíritu humano, que convierte á veces en libertina á la hija de una devota y en devota á la hija de una mujer ligera, la ley de los contrarios, que es sin duda la *resultante* de la ley de los similares, arrastraba á Victoriano hacia París llevado de un deseo, al que hubiera sucumbido tarde ó temprano. Educado en una casa de provincias y rodeado de rostros tranquilos y serenos que le sonreían y de gentes graves que armonizaban con los colores antiguos de aquella morada, este muchacho no había visto más que amigos respetables. Excepto el Caballero secular, todos los que le rodeaban tenían modales afectados y palabras serias y sentenciosas. Había sido acariciado por aquellas damas con faldas grises y con los mitones bordados que Blondet nos ha descrito. El interior de la casa paterna estaba decorado con un lujo antiguo que no inspiraba más que pensamientos serios. En fin, instruído por un cura religioso y lleno de esa amenidad de los ancianos que fluctúan entre estos dos siglos que traen al nuestro las rosas secas de su experiencia y la flor marchita de las costumbres de su juventud, Victoriano, que fué educado para costumbres serias y á quien todo aconsejaba que continuase la gloria de una casa histórica, considerando su vida como una cosa grande y hermosa, Victoriano daba oídos á las ideas más peligrosas y veía en su nobleza un peldaño que le serviría para elevarse por encima de los demás hombres. Pero al tocar este ídolo, alabado continuamente en el hogar paterno, había visto su vaciedad y se había convertido en el más común y en el más horrible de los seres sociales, en un egoísta consecuente. Lle-

vado por la religión aristocrática del yo á seguir sus caprichos siempre respetados por los que cuidaron de su infancia y por los primeros compañeros de sus locuras de juventud, se había acostumbrado á no estimar las cosas más que por el placer que le procuraban y á ver buenas almas reparando sus tonterías, complacencia perniciosa que debía perderle. Aunque su educación fué buena y piadosa, tenía el defecto de haberle aislado demasiado, de haberle ocultado el tren de vida en su época, que no es ciertamente el tren de una vida de provincias: su verdadero destino le llevaba más allá. Había contraído la costumbre de no evaluar el hecho por su valor social, sino relativo, y encontraba sus razones buenas en razón de su utilidad. Como los déspotas, hacía la ley para la circunstancia, sistema que es á las acciones del vicio lo que el capricho es á las obras de arte: una causa perpetua de irregularidad. Dotado de un golpe de vista penetrante y rápido, veía bien, pero obraba pronto y mal. No sé qué de incompleto que no se explica y que se encuentra en muchos jóvenes, alteraba su conducta. Apesar de la actividad de sus pensamientos, tan pronto como la sensación hablaba, el cerebro obscurecido parecía no existir ya. Hubiera sido el asombro de los sabios y era capaz de sorprender á los locos. Su deseo eclipsaba inmediatamente los espacios claros y lúcidos de su cerebro, y después de las disipaciones, contra las cuales carecía de fuerza, caía en abatimientos de cabeza, de corazón y de cuerpo, y en postraciones completas que le hacían parecer medio imbécil. Poseía, en fin, un carácter que puede sumir en el lodo al hombre que se entrega á sí mismo ó llevarle á la cumbre del Estado cuando va sostenido por la mano de un amigo implacable. Ni Chesnel, ni el padre, ni la tía, habían podido conocer aquella alma poética por muchos conceptos, pero herida de una espantosa debilidad en su centro.

Cuando Victoriano estuvo á algunas leguas de su villa natal, no sintió ninguna pena, ni pensó ya en su anciano padre, que le quería entrañablemente, ni en su tía, cuyo amor era insensato. Aspiraba á París con una violencia fatal, se había transportado á él con el pensamiento cual á un mundo de magia, y lo había convertido en escenario de sus más hermosos sueños, creyendo ser allí el primero, como en la villa y en el departamento en que imperaba el nombre de su padre. Lleno no de orgullo, sino de vanidad, sus goces se

agrandaban con toda la grandeza de París. Hizo el viaje con rapidez. Lo mismo que el pensamiento, su coche no tuvo ninguna transición entre el horizonte limitado de su provincia y el mundo enorme de la capital. Se apeó en la calle de Richelieu, en un hermoso palacio próximo al bulevar, y se apresuró á tomar posesión de París como un caballo famélico de una abundosa pradera. Poco tardó en notar la diferencia de los dos países. Sorprendido más bien que intimidado por este cambio, reconoció con la prontitud de su talento lo muy poca cosa que era en medio de aquella enciclopedia babilónica y cuan loco sería en querer oponerse al torrente de las ideas y de las costumbres nuevas. Un solo hecho le bastó para comprenderlo todo. La víspera había entregado la carta de su padre al duque de Lenoncourt, que era uno de los señores franceses que gozaban de más favor en palacio. Le había hallado en su magnífica morada en medio de los esplendores aristocráticos, y al día siguiente lo encontró en el bulevar á pie, con un paraguas en la mano, callejeando sin ninguna distinción, sin llevar siquiera el cordón azul, que no era abandonado nunca antaño por un caballero de órdenes. Aquel duque y par, primer hidalgo de la cámara del rey, no había podido retener una sonrisa, á pesar de su delicada cortesía, al leer la carta de su pariente el marqués. Aquella sonrisa había dicho á Victoriano que no había sesenta leguas desde París al Gabinete de los Antiguos, sino que había una distancia de varios siglos.

En cada época, el trono y la corte se han rodeado de familias favoritas sin ninguna semejanza de nombres ni caracteres con las de los otros reinados. En esta esfera, parece que es el hecho y no el individuo el que se perpetúa. Si la historia no existiese para probar esta observación, sería increíble. La corte de Luis XVIII ponía entonces de relieve á hombres casi extraños á los que adornaban la de Luis XV: los Riviére, los Blacás, los Avaray, los Dambray, los Vaulblanc, Vitrolles, Autichamp, Larochejaquelein, Pasquier, Decazes, Lainé, Villèle, La Bourdonnaye, etc. Si comparáis la corte de Enrique IV con la de Luis XIV, no encontraréis cuatro ó cinco casos subsistentes. Villeroy, favorito de Luis XIV, era nieto de un secretario advenedizo en el reinado de Carlos IX. El sobrino de Richelieu no es ya casi nada. Los Esgrignon, príncipes casi en tiempos de los Valois, omnipotentes cuando Enrique IV, no tenían porvenir alguno

en la corte de Luis XVIII, el cual no pensaba siquiera en ellos. Hay nombres tan ilustres como el de las casas soberanas, como los Foix-Grailly y los Herouville, hoy sumidos por falta de dinero, único poder de este tiempo, en una obscuridad que equivale á la extinción. Tan pronto como Victoriano hubo juzgado aquel mundo (y no lo juzgó más que desde este punto de vista sintiéndose herido por la igualdad parisiense, monstruo que acabó de devorar, cuando la Restauración, el último resto del estado social), quiso reconquistar su puesto con las armas peligrosas que el siglo dejaba á la nobleza, é imitó para ello la conducta de aquellos á quienes París concedía su costosa atención, sintiendo la necesidad de tener caballos, hermosos coches y todos los accesorios del lujo moderno. Como le dijo de Marsay, que fué el primer petimetre á quien encontró en el primer salón donde fué introducido, era preciso *ponerse á la altura de su época*. Por desgracia suya, fué á caer en el mundo de los crapulosos parisienses, de los de Marsay, Ronquerolles, Lupeaulx, Máximo de Trailles, Rastignac, Vandenesse, Adjuda-Pinto, Baudenord, Roche-Hugon y Manerville, á quienes encontró en casa de la marquesa de Espard, en casa de la duquesa de Grandlieu, de Carigliano, de Chaulieu, en casa de las marquesas de Aiglemont y de Listomere, en casa de la señora Firmiani, en casa de la condesa de Serizy, en la Opera, en las embajadas, en todos aquellas casas adonde le llevaron su buen nombre y su aparente fortuna. En París, un nombre de reconocida nobleza, aceptado por el arrabal Saint-Germain, que conoce al dedillo la nobleza provinciana, da un pasaporte que abre las puertas más difíciles de girar sobre sus goznes para los desconocidos y para los seres de la sociedad secundaria. Victoriano encontró á todos sus parientes llenos de amabilidad para con él tan pronto como dejó su carácter de solicitante, pues el joven había visto en el acto que el mejor medio de no obtener nada era el pedir algo. En París, si el primer impulso inclina á mostrarse protector, el segundo, que es mucho más duradero, lleva á despreciar al protegido. La altivez, la vanidad, el orgullo, todos los sentimientos buenos y malos del joven le inclinaron á tomar, por el contrario, una actitud agresiva. Los duques de Verneuil, de Herouville, de Lenoncourt, de Chaulieu, de Navarreins, de Grandlieu y de Maufrigneuse, y los príncipes de Cadinán y de Blamont-Chauvry tuvieron entonces un verda-

dero placer en presentar al rey aquel despojo de una antigua y noble familia. Victoriano fué á las Tullerías en un magnífico coche con las armas de su casa, pero su presentación le demostró que el pueblo procuraba demasiados cuidados al rey para que éste pensase en su nobleza. Adivinó de pronto el ilotismo á que la Restauración había condenado á la nobleza, y comprendiendo que no había para él destino conveniente ni en la corte, ni en el Estado ni en ninguna otra parte, se lanzó al mundo de los placeres. Presentado en el Eliseo Borbón, en casa de la duquesa de Angulema y en el pabellón Marsán, halló en todas partes los testimonios de superficial cortesía debidos al heredero de una casa antigua cuyo recuerdo acudió á su mente cuando le vieron á él. Y aun era mucho un recuerdo. En la distinción con que honraban á Victoriano podía entreverse la dignidad de par y un buen matrimonio; pero su vanidad le impidió declarar su posición y se mantuvo en la esfera de su falsa opulencia. Por otra parte, fué tan felicitado por su elegancia y se sintió tan feliz con su primer éxito, que una vergüenza que sienten muchos jóvenes, la vergüenza de abdicar, le aconsejó que guardase su actitud primera. Tomó una habitación en la calle del Bac, con cuadra cochera y los demás accesorios de la vida elegante á la que se había, en un principio, condenado.

Estos preparativos exigieron de momento cincuenta mil francos, que fueron obtenidos por el joven conde á pesar de todas las previsiones del juicioso Chesnel, mediante un concurso de circunstancias imprevistas. La carta de Chesnel llegó, en efecto, al estudio de su amigo; pero éste había fallecido. Al ver una carta que parecía hablar de negocios, la señora Sorbier, viuda muy poco poética, se la entregó al sucesor del difunto, Maese Cardot, que era el nuevo notario, y éste le dijo al joven conde que la letra contra el Tesoro sería nula si no iba á la orden de su predecesor. En contestación á la epístola tan largamente meditada por el viejo notario de provincias, maese Cardot escribió una carta de cuatro líneas. Chesnel libró la letra á nombre del joven notario, el cual, poco susceptible de hermanarse con el sentimentalismo de su corresponsal, y satisfecho de poder ponerse á las órdenes del señor de Esgrignon, dió á Victoriano todo lo que le pidió. Los que conocen la vida de París saben que no hacen falta muchos muebles, coches, caballos y elegancia para emplear

cincuenta mil francos, pero deben considerar que Victoriano tuvo en poco tiempo veinte mil francos de deudas en casa de sus proveedores, los cuales no exigieron de momento el dinero creyendo mayor su fortuna, que había sido aumentada ya por la opinión pública y por José, especie de Chesnel con librea.

Un mes después de su llegada, Victoriano se vió obligado á ir á buscar diez mil francos más á casa de su notario, pues había jugado al whisl en casa de los duques de Navarreins, de Lenoncourt, de Chaulieu y en el Círculo, y después de haber ganado algunos miles de francos, perdió cinco ó seis mil y sintió la necesidad de procurarse un fondo para el juego. Victoriano poseía ese ingenio que gusta al mundo y que permite á los jóvenes de grandes familias ponerse al nivel de toda elevación. No sólo fué admitido en seguida como un personaje entre la juventud distinguida, sino que fué envidiado por ella. Cuando se vió objeto de la envidia, sintió una satisfacción embriagadora poco á propósito para hacerle cambiar de rumbo. Desde este punto de vista, fué insensato, pues sin querer pensar en los medios, agotaba sus bolsillos cual si debieran siempre llenarse y se prohibió á sí mismo el reflexionar acerca de lo que le ocurriría siguiendo aquella marcha. En aquel mundo disipador, en aquel torbellino de fiestas, se admite á los actores en escena sin preocuparse de sus medios: no hay nada de peor gusto que el discutirlo. Cada uno debe perpetuar sus riquezas como la naturaleza perpetúa las suyas: en secreto. Un joven como Victoriano, apoyado por los poderes del arrabal Saint-Germain y á quien sus mismos protectores atribuían una fortuna superior á la que tenía, aunque sólo fuese para desembarazarse de él; en fin, un conde casadero, guapo, ocurrente, atractivo, cuyo padre poseía aún las tierras de su antiguo marquesado y el castillo hereditario, un joven tal es admirablemente acogido en todas las casas donde hay mujeres aburridas, madres acompañadas de muchachas casaderas ó hermosas bailadoras sin dote. El mundo le atrajo, pues, sonriendo hacia las primeras banquetas de su teatro. Las banquetas que los marqueses de antaño ocupaban en la escena siguen existiendo en París, donde los nombres cambian, pero no las cosas.

Victoriano volvió á hallar en la sociedad del arrabal Saint-Germain á la pareja del Caballero en la persona del

vizconde de Pamiers. El vidamo era un caballero de Valois elevado á la décima potencia, rodeado de todos los prestigios de la fortuna y gozando de las ventajas de una elevada posición. Aquel querido vidamo era el depósito de todas las confidencias, la gaceta del arrabal; pero discreto y sin decir más que lo que se puede publicar, como hacen todas las gacetas. Victoriano pudo ver que el vidamo profesaba también las trascendentales doctrinas del Caballero. El vizconde dijo á Esgrignon sin ningún rodeo que tuviese mujeres distinguidas, contándole lo que él hacía á su edad. Lo que el vidamo de Pamiers se permitía entonces está tan lejos de las costumbres modernas, en que el alma y la pasión desempeñan tan gran papel, que es inútil contarlo á gentes que no lo creerían. Pero aquel excelente vidamo hizo más aun, pues acabó diciéndole á Victoriano:

—Le convidó á usted á comer en la taberna, y después de la Opera, á donde vamos á digerir, le llevaré á usted á una casa donde tienen grandes deseos de verle.

El vidamo le dió una deliciosa comida en el Rocher de Cancale, donde encontró á tres convidados solamente: de Marsay, Rastignac y Blondet. Emilio Blondet era un compatriota del joven conde, un escritor que frecuentaba la elevada sociedad gracias á sus relaciones con una mujer encantadora llegada de la provincia de Victoriano, con aquella señorita de Troisville casada con el conde de Montcornet, uno de los generales del Emperador que se había pasado á los Borbones. El vidamo sentía un profundo desprecio por las comidas en que los convidados pasaban de seis. Según él, en este caso no había ya conversación, ni cocina, ni vinos saboreados con conocimiento de causa.

—Hijo mío, aun no le he dicho á usted donde le llevaré esta noche—dijo cogiéndole las manos á Victoriano y acariciándoselas.—Irá usted á casa de la señorita de Touches, donde estarán en reunión familiar todas las mujeres guapas y jóvenes que tienen pretensiones al talento. La literatura, el arte, la poesía, todos los talentos están allí en auge. Es una de nuestras antiguas oficinas de ingenio, pero barnizada con moral monárquica, que es la librea de estos tiempos.

—Sí, aquello es á veces aburrido y fatigoso como un par de botas nuevas, pero se encuentran allí mujeres con las cuales sólo allí puede hablarse—dijo de Marsay.

—Si todos los poetas que vienen aquí á desempolvar á sus musas se pareciesen á nuestro compañero—dijo Rastignac golpeándole familiarmente el hombro á Blondet,—uno se divertiría; pero la oda, la balada, las meditaciones acerca de sentimientos baladís, las novelas con grandes márgenes infestan el espíritu y los canapés.

—Con tal que no estropeen á las mujeres y que corrompan á los jóvenes, yo no las odio—dijo de Marsay.

—Señores—dijo Blondet sonriéndose,—ustedes vienen á introducirse en mi campo literario.

—Cállate; tú nos has robado la mujer más encantadora del mundo, feliz pillastre—exclamó Rastignac;—bien podemos, pues, nosotros tomar tus menos brillantes ideas.

—Sí, el muy pillín es feliz—dijo cogiendo á Blondet por una oreja y retorciéndosela;—pero tal vez sea más feliz esta noche Victoriano.

—¿Ya?—exclamó de Marsay.—Apenas hace un mes que está aquí, apenas ha tenido tiempo para sacudirse el polvo de su vieja morada y de enjugarse el salitre en que su tía lo había conservado; apenas ha tenido un caballo inglés, un tiburí á la moda, un *groom*...

—No, no, no tiene *groom*—dijo Rastignac interrumpiendo á de Marsay.—Tiene una especie de aldeanillo que ha traído de *su lugar* y que ha sido declarado inhábil para llevar chaquetilla por Boisson, que es el sastre que hace mejor los trajes de librea.

—Lo cierto es que todos ustedes debían imitar á Beau-denor, que tiene sobre todos nosotros la ventaja de poseer el verdadero *tigre* inglés.

—Señores, he aquí á donde han venido á parar los hidalgos en Francia—exclamó Victoriano.—Para ellos la cuestión es tener un *tigre*, un caballo inglés y buen número de fruslerías.

—¡Ay!—dijo Blondet señalando á Victoriano.—El buen juicio del joven me asusta á veces.

—Pues bien, sí, joven moralista, en eso estriba todo. Usted no tiene siquiera, como nuestro querido vidamo, la gloria de las profusiones que le hicieron célebre hace cincuenta años. En fin, usted, conde de Esgrignon, cena con un señor Blondet, hijo menor de un miserable juez de provincias á quien ustedes no daban la mano allá abajo y que dentro de doce años puede sentarse al lado de usted entre

los pares del reino. Después de esto, crea usted en la nobleza si le parece.

—Bueno—dijo Rastignac,—hemos pasado del hecho á la idea, de la fuerza brutal á la intelectual; hablamos...

—No hablemos de nuestros desastres—dijo el vidamo,—pues yo he resuelto morir alegremente. Si nuestro amigo no tiene *tigre*, es de la raza de los leones y no lo necesita.

—No puede pasar sin él—dijo Blondet,—es demasiado recién llegado.

—Aunque su elegancia sea aún nueva, nosotros lo adoptamos—repuso de Marsay.—Es digno de nosotros, comprende su época, tiene talento, es noble, es lindo, le amaremos, le serviremos, le empujaremos...

—¿A dónde?—dijo Blondet.

—¿Curioso!—replicó Rastignac.

—¿Con quién se arregla esta noche?—preguntó de Marsay?

—Con todo un serrallo—respondió el vidamo.

—¿Diablo! pero ¿qué es eso para que el querido vidamo se muestre riguroso con nosotros, cumpliendo su palabra á la infanta?—repuso de Marsay.—Sin embargo, me consideraría desgraciado si no la conociese.

Después de la comida, que fué muy agradable, Rastignac y de Marsay acompañaron al vidamo y á Victoriano á la Opera, para poder seguirles á casa de la señorita de Touches. Estos dos hombres corridos se presentaron allí á la hora calculada en que debía acabar la lectura de una tragedia, lo cual consideraban como la cosa más malsana para tomada entre once y doce de la noche. Iban allí para espíar á Victoriano y molestarle con su presencia: verdadera malicia de colegial, aunque agriada con la hiel del petimetre celoso. Victoriano tenía ese descaro de paje que ayuda mucho á la desenvoltura; así es que observando el modo como el recién llegado hacía su entrada, Rastignac se asombró de su pronta iniciación en los hermosos modales del momento.

—Ese pequeño Esgrignon irá lejos, ¿verdad?—le dijo por lo bajo á su compañero.

—Eso, según—respondió de Marsay,—pero va bien.

El vidamo hizo la presentación del joven conde á una de las duquesas más amables y más ligeras de aquella época y cuyas aventuras no tuvieron resonancia hasta cinco años después. En todo el brillo de su gloria, tildada ya de ciertas

ligerezas, aunque sin pruebas, obtenía entonces el relieve que da á una mujer, como á un hombre, la calumnia parisiense. La calumnia no alcanza nunca á las medianías, las cuales están rabiosas porque les dejan vivir en paz. Esta mujer era la duquesa de Maufrigneuse, una señorita de Uxelles, cuyo suegro vivía aún y que no fué princesa de Cadiñán hasta más tarde. Amiga de la duquesa de Langeais y de la vizcondesa de Beauseant, dos esplendores eclipsados, era íntima de la marquesa de Espard, á quien disputaba en este momento el frágil imperio de la moda. Una parentela considerable la protegió durante mucho tiempo; pero pertenecía á ese género de mujeres que sin que se sepa en qué, dónde, ni cómo, era capaz de devorar las rentas de la tierra y las de la luna si pudiese percibirlas. Su carácter sólo empezaba á dibujarse y únicamente de Marsay la había profundizado. Al ver al vidamo llevando á Victoriano para presentarlo á esta deliciosa mujer, aquel tímido petimetre se acercó al oído de Rastignac, para decirle:

—Querido mío, será silbado como un polichinela por un cochero de fiacre.

Esta frase horriblemente vulgar precisaba admirablemente los elementos de aquella pasión. La duquesa de Maufrigneuse estaba locamente enamorada de Victoriano, después de haberle estudiado seriamente. Un enamorado que hubiese visto la mirada angelical con que ella dió las gracias al vidamo de Pamiers, se hubiese sentido celoso de semejante expresión de amistad. Las mujeres son como caballos soltados en una estepa, cuando se encuentran, como la duquesa en presencia del vidamo, en un terreno sin peligro: entonces son naturales y tal vez gustan de dar pruebas de sus secretas ternuras. Fué aquella una mirada discreta, de ojo á ojo, sin repetición posible en ningún espejo y que no fué sorprendida por nadie.

—¿Cómo se ha preparado!—dijo Rastignac á de Marsay. ¿Qué tocado de virgen, que gracia de cisne con su cuello de nieve, que miradas de madona inviolada, que bata blanca y que talle de niña! ¿Quién diría que tú has pasado por ahí?

—Pero si ella está así por eso mismo—respondió de Marsay con aire triunfal.

Los dos jóvenes cambiaron una sonrisa. La señora de Maufrigneuse sorprendió esta sonrisa y, adivinando la conversación, dirigió á los dos corridos una de esas miradas que

las francesas no conocían antes de la paz y que han sido importadas por las inglesas con las formas de sus servicios de mesa, de sus arneses, de sus caballos y de sus pilas de hielo británico que refrescan un salón cuando se encuentran en él una cierta cantidad de *ladies*. Los dos jóvenes se pusieron serios como dependientes que esperan una gratificación después de la reprimenda que acaban de recibir de su director. Al enamorarse de Victoriano, la duquesa se había resuelto á desempeñar ese papel de Inés romántica que fué imitada por muchas mujeres para desgracia de la juventud de hoy. La señora de Maufrigneuse acababa de convertirse provisionalmente en ángel, del mismo modo que pensaba entregarse á la literatura y á la ciencia á eso de los cuarenta años, en lugar de inclinarse á la devoción. Mostraba empeño en no parecerse á nadie, se creaba papeles y trajes, gorros y opiniones, tocados y maneras de obrar originales. Después de su matrimonio, cuando era aún casi doncella, había representado el papel de mujer instruída y casi perversa; se había permitido réplicas comprometedoras hechas á gentes superficiales, pero que probaban su ignorancia á los verdaderos conocedores. Como la época de su matrimonio le prohibía ocultar los años y como frisaba ya en los 26, había inventado el medio de hacerse inmaculada. Apenas parecía tocar en tierra y movía sus grandes mangas cual si fuesen alas. Su mirada se dirigía al cielo con motivo de una palabra, de una idea ó de una expresión un poco animada. La Madona de Piola, aquel gran pintor genovés asesinado por celos en el momento en que se disponía á dar una segunda edición de Rafael, aquella Madona, la más casta de todas y que se ve apenas en su fanal en una callejuela de Génova, aquella celestial Madona, era una Mesalina comparada con la duquesa de Maufrigneuse. Las mujeres se preguntaban como la joven aturdida había podido adquirir, mediante su sencillo tocado, aquella seráfica belleza que parecía dotada de un alma tan blanca como la última nevada caída en lo más alto de los Alpes; como había resuelto tan pronto el problema jesuítico de ofrecer á las miradas una garganta más blanca que su alma ocultándola bajo la gasa, y como podía ser tan inmaterial despidiendo sus miradas expresión tan asesina. Tenía aspecto de prometer mil voluptuosidades con aquella mirada casi lasciva, cuando con un suspiro ascético lleno de esperanza de una vida mejor, su

boca parecía decir que no realizaría nada de lo prometido. Algunos jóvenes sencillos de los que figuraban entonces en la guardia real se preguntaban si en las mayores intimidades se tutearía á aquella especie de dama blanca, vapor sideral caído de la Vía láctea. Este sistema, que triunfó durante algunos años, fué muy provechoso á las mujeres que poseían un brillante pecho reforzado de vasta filosofía y que ocultaban grandes infamias bajo modales de sacristía. Ninguna de estas criaturas celestiales ignoraba lo que podía reportarlas en amor el deseo que sentía todo hombre bien nacido de atraerlas á la tierra. Esta moda les permitía permanecer en su imperio semi-católico y semi-osiánico; podían y querían ignorar todos los detalles de la vida, lo cual engendraba muchas cuestiones. La aplicación de este sistema, adivinado por de Marsay, explica su última frase á Rastignac á quien vió casi celoso de Victoriano.

Amigo mío—le dijo—permanece en donde estás: nuestra Nucingen hará tu fortuna, mientras que la duquesa te arruinaría. Es una mujer demasiado cara.

Rastignac dejó partir á de Marsay sin preguntarle nada más; ya conocía su París y sabía que la mujer más preciosa, más noble y más desinteresada del mundo, la mujer á quien no se podía hacer aceptar más que un ramillete, pasa á ser tan peligrosa para una joven como las coristas de ópera de antaño. En efecto, las coristas de ópera han pasado al estado mitológico. Las costumbres actuales de los teatros han hecho de las bailarinas y de las actrices algo entretenido como una Declaración de los derechos de la mujer, muñecas que se pasean por la mañana cual madres de familia virtuosas y respetables antes de enseñar las piernas por la noche en pantalón de punto representando su papel de hombre. Desde el interior de su provincia, el buen Chesnel había adivinado uno de los escollos en que el buen conde podía estrellarse. La poética aureola ostentada por la señora de Maufrigneuse deslumbró á Victoriano, el cual quedó encadenado desde el primer momento á aquella cintura de doncella y á aquellos bucles rizados por mano de las hadas. El niño, el muchacho tan corrompido ya, creyó en aquel fárrago de virginidades de muselina, en aquella suave expresión deliberada como una ley en las Cámaras. ¿No basta que el que tiene que creer en las mentiras de una mujer, crea? El resto del mundo no tiene valor alguno para los dos amantes. La duquesa era induda-



blemente una de las diez mujeres más bonitas de París. Ya sabéis que en el mundo del amor hay tantas *mujeres más bonitas de París* como *libros más hermosos de la época* en literatura. A la edad de Victoriano, la conversación que tuvo con la duquesa puede sostenerse sin demasiada fatiga. Bastante joven y bastante poco hecho á la vida parisiense, no tuvo necesidad de ponerse en guardia, ni de velar por sus menores palabras ni por sus miradas. Este sentimentalismo religioso que se traduce en cada interlocutor por preocupaciones muy picarescas, excluye la dulce familiaridad y abandono espiritual de las antiguas charlas francesas: se ama entre dos nubes. Victoriano tenía precisamente suficiente inocencia provinciana para sumirse en un éxtasis muy conveniente y no fingido que ayudó á la duquesa, pues las mujeres no son tan víctimas del engaño de las comedias que representan los hombres como de las suyas mismas. La señora Maufrigneuse alentó, aunque no sin espanto, el error del joven conde durante seis meses de amor puro. Estaba tan deliciosa vestida de blanco apagando el resplandor de sus miradas bajo las doradas franjas de sus pestañas, que la marquesa de Espard, al irle á decir adiós, empezó por susurrarle al oído: «bien, muy bien, querida mía». Después la hermosa marquesa dejó á su rival viajar en el mapa moderno por el país de la Ternura, que no es una concepción tan ridícula como algunos se figuran. Este mapa se reproduce cada siglo con otros nombres y hasta en la misma Capital. En una hora de entrevista pública, en un rincón sobre un diván, la duquesa llevó á Esgrignon á las generosidades escipionescas, á los sacrificios amadísiacos, á las abnegaciones de la edad media, que empezaban entonces á enseñar sus dagas, barbacanas y cotas de malla, sus corazas y todo su romántico aparejo de cartón pintado. Por otra parte, estuvo admirable con sus retencencias, que penetraban una á una en el corazón de Victoriano de una manera distraída y discreta. Estuvo maravillosa con sus ideas medio expresadas, encantadora con su hipocresía y pródiga con promesas sutiles, que se fundían al ser examinadas como se funde el hielo al sol; en una palabra, pérfida con los deseos que concibió y que inspiró. Aquel hermoso encuentro acabó con el nudo corredizo de una invitación para que volviese á verla, nudo pasado con modales tan zalameros, que jamás podrían ser descritos con palabras.

—Me olvidará usted—le decía.—¡Verá tantas mujeres

que se apresurarán á hacerle la corte en lugar de instruirle!... Pero volverá usted á mí desengañado. ¿Vendrá usted antes?... ¿No? Como usted quiera. Yo me limité á decirle que sus visitas me gustarán mucho. Las gentes que tienen alma son muy raras, y yo creo que usted la tiene. Vamos, adiós, porque, de seguir hablando, acabarían por hablar de nosotros.

Y esto diciendo, se fué. Victoriano no permaneció mucho tiempo después de la marcha de la duquesa, pero estuvo lo suficiente para dejar adivinar su arrebatado con esa actitud de las gentes felices que participa á la vez de la tranquila discreción de los inquisidores y de la beatitud concentrada de las devotas que salen absueltas del confesonario.

—La señora de Maufrigneuse ha obrado bastante ligeramente esta noche—dijo la duquesa de Grandlieu cuando no quedaron más que seis personas en el saloncito de la señorita de Touches.

Estas personas eran: Lupeaulx, un refrendario, un favorecido por Vandenesse, la vizcondesa de Grandlieu-Canalis y la señora de Serisy.

—Esgrignon y Maufrigneuse son dos nombres que debieron unirse—respondió la señora de Serisy, que tenía la pretensión de decir frases.

—Hace algunos días que le ha dado por el platonismo—dijo Lupeaulx.

—Arruinará á ese pobre inocente—dijo Carlos de Vandenesse.

—¿En qué sentido emplea usted la palabra arruinar?—preguntó la señorita de Touches.

—¡Oh! moral y materialmente, eso es indudable—dijo la vizcondesa levantándose.

Esta frase cruel tuvo crueles realidades para el joven conde de Esgrignon. Al día siguiente por la mañana escribió á su tía una carta en la que le pintaba sus comienzos en el mundo elevado del arrabal Saint-Germain con los mismos colores que hace ver el prisma del amor. Le explicó la acogida que tenía en todas partes de modo que dejase satisfecho el orgullo de su padre. El marqués hizo que le leyesen dos veces aquella carta, y se frotó las manos al oír el relato de la comida que le había dado el vidamo de Papiers, antiguo conocido suyo, y la presentación de su hijo á la duquesa; pero se perdió en conjeturas sin poder